

Ahmed. Vicisitudes de una migración

© Núria Mata i Vinyets
Psicóloga-psicoterapeuta
www.nuriamata.com

Versión ampliada y en lengua castellana del trabajo "Ahmed, les vicissituds d'una migració" presentado en la Jornada sobre "Acercarse a lo extranjero: la relación asistencial al inmigrante", organizada por el Centro Alberto Campo en Barcelona (Catalunya), el 9 de marzo de 2002.

En 2003 fue publicado dentro del libro: Pazos de Winograd, M. I.; Gutkowski, S. (comps): *Emigración, salud mental y cultura*. Buenos Aires. Ediciones Del Candil.

Introducción

Hace algunos años empecé a interesarme profesionalmente por la inmigración al observar, no ya en el ámbito de Catalunya en general sino en mi entorno social más cercano, la existencia creciente de grupos de personas de origen geográfico cada vez más variado y la persistente falta de conexiones entre esos grupos y los llamados autóctonos. Hasta ese momento, yo había sido sensible a la añoranza y a la vivencia de desventaja de personas individuales llegadas desde lugares geográficos y culturalmente lejanos, pero tal vez nunca había vinculado la migración a gran escala con el sufrimiento psíquico; aunque podía reconocer vagamente el malestar y el dolor emocional que sin duda deben de provocar ciertas situaciones, me quedaban en cierto modo desarticulados de una plena resonancia afectiva. Al percibir la llegada masiva de inmigrantes ante todo como un gran problema socioeconómico, el impacto psicológico quedaba como enterrado en un segundo plano.

Poco a poco se me hicieron más evidentes –dolorosamente evidentes– la incomunicación, el aislamiento, la extrañeza/extrañamiento de grandes grupos de personas que podía ver en las calles de mi propio barrio. Fue entonces cuando pude sentir realmente la presencia de esos sentimientos resonando en mi interior. Y en ese momento, desde la sensibilidad y solidaridad específicas que me despertaron, tuve la necesidad de plantearme qué podría ofrecerles profesionalmente. Si, supuestamente al menos, el oficio de psicóloga y psicoterapeuta me habilita para mitigar el dolor psíquico de las personas, debería estar en condiciones de ofrecer alguna aportación que contribuyera a paliar el dolor que provoca este drama social protagonizado por personas de carne y hueso. Empecé entonces un doble proceso que me llevó por una parte a repensar mi propia historia personal y por otra a indagar qué tipos de intervención profesional se estaban ofreciendo en Catalunya. En medio de este camino encontré a Ahmed, y con él traté de descubrir qué puede ser ese algo universal que sirva de base para el trato con personas aparentemente tan diferentes que nos pueden parecer extrañas.

La resonancia emocional. Todos somos migrantes. La migración como circunstancia

Al rastrear el camino de la resonancia afectiva, me encontré rebuscando entre recuerdos y repensando mi propia historia personal, con sus puntos individuales, subjetivos, y sus aspectos colectivos, comunes a una determinada generación y situación histórica. Me sentí trasladada a la España de los años sesenta, siendo yo una niña que ingresa en la adolescencia en el marco de una pequeña ciudad provinciana. Veía entonces cómo grandes cantidades de personas de otras regiones de España venían cada vez más a vivir y a trabajar a Catalunya. En aquel momento yo no hubiera utilizado la palabra inmigrante, y tal vez ni siquiera tenía demasiada conciencia del flujo de migración interna que llegaba a Catalunya masivamente. Para mí esas personas llegadas "de afuera" eran cada vez más

numerosas pero no eran una masa: eran Dolores, la del colmado; Angustias, que trabajaba como criada en casa del vecino; Manolo, que ejercía de albañil en el edificio de la esquina; Juanito, el obrero de la fábrica. Eran personas con nombre y características propios; características que, también hay que decirlo, a veces resultaban algo inquietantes y pesadas. En esa pequeña ciudad, todos sabíamos que esas mujeres, de acento andaluz inamovible y a menudo vestidas siempre de negro, nunca se encontraban bien del todo, necesitaban ir frecuentemente al médico y casi nunca había médicos ni medicinas que resolvieran del todo sus dolores. También sabíamos que Manolo, a pesar de ser un buen albañil, se accidentaba muchas veces, y que Juanito conseguía (aunque fuera por los pelos) llegar puntual a la fábrica y hacer su trabajo, pero a la salida a menudo se emborrachaba o se enzarzaba en peleas con sus compañeros.

Como es fácil de imaginar, no hablábamos de duelo ni de somatizaciones, aunque de eso se trataba y con ellos convivíamos. Creo que nos sentíamos inmersos en una situación algo incómoda e inquietante. A veces la soportábamos estoicamente como un deber o una fatalidad, y no faltaban algunos momentos de desánimo e incluso de desesperación. Pero también podíamos vivir esa situación con cierta calma gracias a momentos de auténtico aprecio por esas personas que, de forma algo parecida a como ocurre con los chicos, le tienen a uno en estado de alerta y le complican a uno la vida cayendo enfermos justo en los momentos de más trabajo, pero nos despiertan nuevamente a la vida por la intensidad de sus penas, de sus alegrías, y su impulso de vivir. Así, fuimos pasando de la tolerancia forzada al conocimiento mutuo y a un respeto más profundo. Y de esta manera, digamos, pintoresca, esos recién llegados dejaron de ser unos extraños para irse convirtiendo poco a poco en parte de nuestro paisaje humano de cada día.

Gracias al programa “De España para los españoles” emitido diariamente por Radio Nacional de España, día tras día los españoles que habían emigrado fuese a otros lugares de España o a otros países de Europa podían enviar mensajes a sus amigos y familiares (por entonces el teléfono era un lujo) y así escuchar y dedicarse mutuamente canciones que les resultaban significativas y familiares. Casi cada tarde Soledad y yo nos reuníamos para escuchar juntas ese programa. Soledad era una chica pocos años mayor que yo que había venido de Andalucía para trabajar; vivía con nosotros y ayudaba en las tareas de la casa. Podíamos compartir risas, lágrimas, historias y secretos, pero en el fondo era bastante impactante ver que, si bien éramos casi iguales por la edad, nuestras circunstancias de vida eran bien distintas. Mientras yo aprovechaba la hora del programa para hacer los deberes, ella pelaba las patatas.

Dos canciones eran solicitadas con insistencia y se repetían a menudo en el programa. Me quedaron grabadas sus músicas, tan evocadoras, y una estrofa de cada una. Una de ellas, con letra del poeta catalán Jacint Verdaguer (también llamado el poeta del exilio). A su estribillo (“*Oh, dolça Catalunya, pàtria del meu cor, quan de tu s’allunya d’enyorança es mor*”)¹ le seguía una larga y dolorosa retahila de despedidas: del padre, de la madre, de cada lugar, de cada persona, de cada imagen, cada sonido, cada olor, cada tonalidad de luz que formaban el entorno familiar y que quedaban irremisiblemente atrás. A veces resultaba casi insoportable oír esa música tan melancólica como una marcha fúnebre que a uno le vuelca a un llanto sin fin.

La otra canción, cantada muy emotivamente por Juanito Valderrama, decía: “*Adiós, mi España querida, dentro de mi alma te llevo metida. Y aunque soy un emigrante, jamás en la vida podré olvidarte.*” De nuevo el adiós a la tierra madre. Un nuevo canto de despedida y añoranza. Pero la música de éste llegaba a otro lugar del alma, doloroso, triste, añorado, pero con algo más de vida y, por tanto, más fácil de soportar. Ateniéndonos a las palabras, está claro que es bien distinto decir: “adiós padre, adiós madre, adiós tierra querida, nada me queda ya puesto que no he de volver a veros” que decir: “Adiós. Ya no os volveré a ver pero de alguna forma os llevo dentro y vaya donde vaya conmigo estaréis”.

¹ Trad. “Oh, dulce Cataluña, patria de mi corazón, cuando de ti se aleja uno de añoranza muere”

Estoy tratando de subrayar aquí el esguince interior, las pérdidas, los diferentes duelos que acompañan siempre la migración; las diferentes maneras de vivirlos y también la necesidad permanente de contacto, de tener donde aferrarnos porque sino perdemos nuestras cosas y con ellas nos perdemos a nosotros mismos. Y la enorme cantidad de elementos que pueden servir para mantener el contacto, a condición de poder ser utilizados de forma personalizada.

Por otro lado, me parece útil aportar esta historia como una forma de mostrar que yo también podía sentirme emigrante como Soledad, a pesar de no serlo en apariencia. Seguramente que a través de esas músicas y canciones podía conectar y tener cierta forma de expresar y compartir los diversos momentos de soledad, desarraigo y añoranza vividos. Cada uno tiene inevitablemente los suyos, que en ciertas circunstancias y momentos evolutivos se hacen más patentes para todos, como en el momento de la adolescencia, en que dejamos atrás para siempre un mundo conocido para adentrarnos, no sin riesgo, con ilusión y miedo, en nuevas formas de vida hasta entonces inexploradas y desconocidas.

Pretendo subrayar con todo lo anterior que, en cierto sentido, todos somos inevitablemente migrantes de la vida. La migración, con toda su complejidad y diversas consecuencias –a veces muy enriquecedoras, a veces incluso mortales- no es más que una circunstancia en la vida de una persona. Puede ser una circunstancia bien dramática, pero siempre una circunstancia; no somos ni más ni menos persona por el hecho de que nos llamen o no inmigrante.

La intervención profesional. Cuestionamientos y dudas. La situación en Catalunya. Los interrogantes de toda relación que empieza

Con respecto a la práctica profesional, se me plantearon muchos interrogantes. Recordemos que quienes despertaron mi interés profesional no fueron mis vecinos de otros lugares de España, ni tampoco personas individuales sino comunidades de personas aparentemente muy distintas a mí, por su aspecto físico, el lenguaje, las costumbres (magrebíes, subsaharianos, asiáticos...) y en situaciones de vida a menudo muy precarias. Es evidente que a estos grupos de personas a menudo les faltan muchas cosas básicas: un techo bajo el que vivir, comida, trabajo. Pero ¿qué les pasa desde el punto de vista psicológico? ¿qué necesitan? ¿necesitan algún tipo de ayuda o intervención sistemática y específica o simplemente hay que darles tiempo, no interferir en sus ritmos y dejar que poco a poco se recompongan interiormente y vayan encontrando su lugar en la sociedad? En caso de que necesiten tratamiento psicológico, ¿hay que instaurar una práctica psicológica diferenciada? ¿Qué particularidades se observan en la situación de migración? ¿Qué tienen en común migrantes y no migrantes?

Comencé a observar a mi alrededor en busca de respuestas. Algunas cosas me chocaron. Diversos centros hospitalarios y de atención psicológica primaria con interés en ofrecer su atención a los inmigrantes se lamentaban de que, bajo su punto de vista, aunque muchos inmigrantes debían de necesitar sus servicios, eran pocos los que llegaban a utilizarlos, y quienes lo hacían eran inconstantes y pronto dejaban de acudir. Había una mezcla de queja y decepción en sus palabras y creí ver expresadas en ellas varias creencias implícitas. La percepción de que los inmigrantes se encuentran con muchas necesidades por resolver se había ido desplazando sutilmente hacia la creencia de que los inmigrantes son gente muy necesitada, lo que en el campo asistencial se puede llegar a confundir, o al menos solapar, con la afirmación de que son gente muy perturbada, es decir patológica, razón por la cual necesitan ser tratados. Por otra parte, la creencia de estar poniendo a disposición de los inmigrantes todas las herramientas de trabajo disponibles y en las que se confía porque se han mostrado repetidamente útiles en diversas situaciones derivaba insensiblemente hacia: Sabemos y tenemos lo que necesitan; ¿qué les pasa (a ellos) que no lo aprovechan?

Con respecto a las asociaciones ciudadanas, ya fuera del campo de la asistencia psicológica, vi enormes esfuerzos, a veces muy logrados, por crear situaciones de

encuentro y mutuo conocimiento entre las culturas autóctonas y no autóctonas. Algunas asociaciones priorizaron la difusión cultural, otras el asociacionismo entre personas de distintas culturas. En ambos casos a mí me llamó la atención el énfasis en la interculturalidad, en la mezcla de culturas, hasta el punto que me llegó a parecer que a veces se tenía poco en cuenta la individualidad, perdiéndose de vista la comunicación entre las personas (los individuos) o bien contactando primordialmente desde el intelecto y poco desde los afectos.

Pude observar asimismo cómo la presión social para borrar rápidamente las diferencias (las dudas y las ansiedades que provocan) alcanza también a los profesionales. Así por ejemplo, a parte de lo mencionado en el párrafo dedicado a la asistencia psicológica, algunas organizaciones de servicios sociales, en su afán por “normalizar” la situación de los recién llegados y de lograr que se “integren” acaban actuando normativamente, es decir, juzgando a la población inmigrada desde una norma preestablecida y tratando de hacer que se adapte a ella sin apenas tener en cuenta sus particularidades personales.

Por si fuera poco, cuando todo ese afán “normalizador”, de lograr que los inmigrantes “se adapten”, se “integren”, aprendan las costumbres locales para que así “todos seamos iguales” se complementa con el fenómeno creciente del voluntariado, con todo su caudal innegable de creatividad y solidaridad pero también de confusión, nos encontramos con la paradoja de que las instituciones y las organizaciones rechazan por considerar segregacionista todo tipo de aproximación profesional específica, que en determinadas situaciones sería pertinente, mientras permiten y favorecen que cuestiones a veces muy delicadas queden en manos de voluntarios bienintencionados pero inexpertos, con lo que se amplía el riesgo de confusión y iatrogenia.

De un tiempo a esta parte, aquí, como creo que en muchas partes del mundo, se han desatado y multiplicado (no sé si de manera alarmante) las discusiones e iniciativas alrededor de los inmigrantes y la inmigración. Cada uno tiende a considerar como única, o por lo menos la mejor, su aportación o punto de vista. El inmigrante ha pasado a ser un valor codiciado y reivindicado por muchos, que se disputan entre ellos su exclusividad, lo cual forja un panorama bien complejo y a veces algo caótico, en el que, se mire como se mire, el “factor psi” siempre resulta difícil de incluir. Todos quieren hablar en nombre de los inmigrantes, pero a ellos ¿quién les escucha?

Por mi parte, me sentí confrontada con grandes temores al empezar a ofrecer asistencia psicológica hospitalaria a inmigrantes de culturas diversas y generalmente con circunstancias de vida altamente precarias. Temía que nada podría hacer por esas personas. En muchos casos ni siquiera hubiera sabido situar en un mapa su país de origen, no conocía nada de su lengua ni de su cultura. ¿Qué podría entender yo acerca de sus vidas? ¿Cómo podría empatizar con su sufrimiento cuando parecía que todo nos separaba y nada nos unía? Además probablemente ellos tampoco se verían con ánimo de confiar en mí y, con tanta necesidad y tan pocas visitas como se les podía ofrecer, lo más probable era que acabáramos todos decepcionados, ellos y yo, lo que vendría a aumentar su dolor en lugar de aliviarlo. Pero las cosas no fueron así. Espero poder ilustrarlo con el relato de Ahmed.

Ahmed, las vicisitudes de una migración o la continua búsqueda del vínculo perdido

Ahmed apareció en una consulta hospitalaria ambulatoria acompañando a su madre, que desde hacía cierto tiempo venía siguiendo entrevistas psiquiátricas periódicas. Ese día, en que yo acompañaba por primera vez al psiquiatra en la consulta, la señora, aunque no estaba previsto, llevó con ella a su hijo de 15,6 años (yo le hubiera calculado unos 12) porque estaba muy preocupada por su comportamiento.

Aunque provenían de una de las dos ciudades españolas de Marruecos, madre e hijo hablaban el español con dificultad. La madre hacía ya unos años que vivía en Catalunya, adonde había llegado directamente desde Marruecos algunos años después de dejar a su

marido (que la maltrataba) y a sus hijos, a los que estaba tratando de recuperar y reunir progresivamente con ella, empezando por el menor y siguiendo gradualmente por orden de edad hasta llegar a Ahmed, que todavía no hacía ni un año que había llegado a Catalunya.

La madre hablaba apresuradamente y con bastante tensión de lo difícil que le resultaba soportar a Ahmed: “no obedece nada, no se porta bien en la escuela, no me hace caso, siempre quiere más cosas de las que yo le puedo dar. Y yo estoy sin trabajo; hago lo que puedo. A veces me pone tan nerviosa que le tengo que pegar”. A veces el chico se pone tan nervioso que para no pegar a la madre se araña a sí mismo. La madre no puede dejar de decir, una tras otra, cosas por el estilo; cuanto más las explica más se excita. No da tiempo a que se le pueda decir nada y parece a punto de sacudir al chico.

Ahmed, delgado, larguirucho, pálido, con la cara demacrada, y algo desgarrado como tantos chicos de su edad, aguantó en silencio todo el tiempo, con aspecto a la vez crispado y asustado, frágil y tímido, cabizbajo, y protegiéndose entre las manos cuando su madre le miraba, o bien apartándose sutilmente de ella. La tensión era evidente e iba en aumento. No había espacio para él, para dejar que opinara o expresara lo que sentía. Rápidamente decidimos intervenir dividiendo en dos la consulta: el psiquiatra siguió con la madre y yo pasé con el chico a otro despacho.

Por un momento dudé de que el chico aceptara seguirme. Le notaba tenso, asustado y frágil y me parecía que no podría confiar en mí. Pero aceptó la invitación de hablar a solas. Siguió bastante cabizbajo todo el tiempo aunque sin tener las manos cruzadas defensivamente sobre el pecho. A veces me miraba como lo haría un perro que ha sido apaleado y abandonado: con una mezcla de esperanza y de recelo, que suscitaba en mí las ganas de acercarme, pero también el temor de que pudiera “morderme”.

Le pregunto si hay algo que le preocupe a él y de lo que desee hablar a solas conmigo. Dice que sí, que le “preocupan los nervios. Los domingos cuando voy al mercado. Digo a mi madre que me compre algo. Y ella dice que no puede. Tengo ganas de...” (Inicia el gesto de pegar, pero se retiene y tampoco pronuncia la palabra) “También tengo nervios con los profesores. Me ha visto sólo a mí. Riendo. Uno contaba cosas. Los otros se han callado. Y la maestra me ha dicho: vete, castigado”. Los compañeros ya dicen: “la sala de castigos es tu casa”. Pienso que me está diciendo que tiene dificultades con las figuras de autoridad, que no le amparan como deberían. Le preocupa la tensión interna y el autocontrol. Él paga los errores/los platos rotos de los demás o de todos a la vez. Su vida es un infierno. No tiene dónde agarrarse.

Le pregunto por la escuela en Marruecos. Y él pasa a explicarme algo de su vida allí. Su español es muy pobre. Iba a una escuela árabe. Cuando tenía 7 años sus padres se separaron, dejó de ver a su madre y pasó a vivir con la abuela materna. Tiene un hermano un año mayor que él, que vive en Marruecos con el padre. “Porque no hay papeles” (Me habla de la obsesión por los papeles, que los que no hemos pasado por ello probablemente no entendemos. Pero también de la provisionalidad, de la angustia de quedar perdido (morir) cuando aún no se tiene suficiente autonomía y la vida de uno está en manos de otro inaccesible). También tiene dos hermanos más pequeños, que viven con él y la madre. “Mi madre los trajo de pequeños. Yo quiero saber por qué a mi me buscó después” (En otras palabras: ¿quién me quiere?; ¿qué me pasa que no me miran, no me buscan, no me quieren, nadie se quiere quedar conmigo?). “Yo tampoco tengo papeles”. (Es decir, tampoco tiene nada seguro). “Ahora la abuela está enferma. (?) Vieja”. (No tiene nada seguro aquí y puede perder lo que tuvo allá y resultó ser un buen apoyo –representado por la abuela y la posibilidad de su muerte-).

Esta primera visita tiene lugar en el mes de junio, es decir justo a finales de curso. Un curso que él debe de haber iniciado una vez comenzado el año escolar puesto que hace bastante menos de un año que llegó de Marruecos. Acaba de llegar, todavía no ha tenido tiempo de deshacer las maletas y colocar sus cosas, y ya se espera de él que cumpla con un montón de requerimientos.

Está de acuerdo en que tengamos otras entrevistas. La próxima, al cabo de un mes.

Segunda sesión

Hace ya un mes de la visita anterior. Estamos en julio. Le espero con el temor de que no acuda. Pero acude.

Entra tímido, medio asustado y poco a poco se va abriendo. Se le ve un poco más tranquilo y así se lo digo (¡hay que apuntalar lo que se sostiene!). Él dice que sí, que está más tranquilo, y que eso es porque se ha esforzado por no tener nervios, que no le gusta; por no cabrearse demasiado y no pelear mucho. Sólo recuerda una pelea con el hermano menor hace unos días. La madre le dio dinero a él para comprar bocadillos para los dos. Eran las 4,20 y a las 4,30 él tenía que estar en una fiesta de cumpleaños de un amigo (¡así que al menos un amigo tiene!, pienso yo interiormente). El hermano dice que no quiere nada, y él se va. Después el hermano corre detrás de él diciéndole lo que quiere. Él se enfada porque no quiere llegar tarde y le pega, “pero no muy fuerte”. Y la madre se enfada con los dos. Yo le subrayo que esta vez la madre no se ha enfadado sólo con él sino con los dos. Y me quedo pensando que vive en la tensión permanente de sentir que los vínculos son muy frágiles, en un santiamén se pueden romper o perder, quedando él mismo solo y perdido. Pero eso ya no se lo digo.

Ahora está de vacaciones y va a un “casal d’estiu” (lugar de ocio organizado específicamente para la época de verano). Le gusta ir; se distrae y se siente acompañado. Algunos compañeros de la escuela también van ahí. De lo que no está contento es de no tener dinero para ir a Marruecos en agosto, por lo que no podrá ver a su hermano ni a su abuela. También por culpa del dinero ya no hablan por teléfono. Cuando salió de Marruecos: “no nos pudimos despedir, de tanto que llorábamos los dos”. El hermano no puede venir porque es difícil tener pasaporte. El querría pasar unos días con su hermano y luego volver. Y añade a renglón seguido: “prefiero que no me hablen de mi hermano, porque me pongo muy triste si no puedo verlo”.

El hermano es mayor que él. Trabaja y le había comprado al menos tres bicicletas. “Yo también tenía una tienda de arreglar bicis. Allí, a los 12 años ya puedes trabajar si quieres. Mientras no hagas líos en la calle... Aquí, 14 años y como un niño pequeño”.

La asistente social del pueblo le ha preguntado si quiere trabajar en agosto con un albañil. “Aún no sé si podré. Sólo me lo ha preguntado”, puntualiza. Le pregunto qué decidirá si le confirma el ofrecimiento. “Le diré que sí. Así no estoy solo. Mejor trabajar que en la calle”.

Quedan claramente planteados dos temas centrales para él: el inmenso dolor por la pérdida de proximidad con el hermano, y el trabajo, que le hace sentir capaz, entero, fuerte como un hombre adulto y no vulnerable como un niño pequeño.

Y le digo que tanto la asistente social como él tienen razón, que es una buena idea poder trabajar con el albañil en lugar de estar solo en la calle, que espero que lo pueda aprovechar y que me gustará que me lo cuente cuando nos volvamos a ver a principios de septiembre.

De momento, lo único que puedo hacer es reforzar su deseo de vivir y de mantener relaciones constructivas. Apuntalar los vínculos saludables, mientras voy sintiendo y anotando mentalmente toda la tormenta interior, que incluye el sentimiento de desigualdad vivida como desventaja e injusticia (motivos no es que le falten), la añoranza, la pena y el duelo incontenibles, y esa especie de degradación que comporta el ser tratado como un niño y no como el chico que es.

Tercera sesión

Estamos a principios de septiembre. Vuelvo a sentir miedo de que no venga; ¡deben de haber pasado tantas cosas durante el verano! Él llega una hora y media antes de lo previsto

y se espera. Creo que cualquier observador podría notar a primera vista la satisfacción que ambos sentimos al reencontrarnos. Acabamos de superar una gran prueba: nuestro vínculo aguanta.

Empieza explicando que el verano no le ha ido muy bien porque a veces se ha enfadado con los amigos: “a veces no les encuentro”. También con la madre. (El enfado está relacionado con la desvinculación) Después habla de la rabia de que “toda la gente baja a Marruecos y yo no he ido. Tengo que bajar a Marruecos”. De ahí vamos derivando a la enorme frustración, dolor y tristeza que siente: no tiene contacto con el hermano, la casa, los amigos... “Pero no quiero pensar porque me pongo a llorar”, dice él. (Otra vez el miedo a una tristeza desbordante, incontenible. ¿Cómo rescatarlo de este naufragio interior?). “A veces me pongo a lavar platos para no pensar”. (La importancia de trabajar, de hacer cosas prácticas que sean útiles, como una manera de comprobar que a pesar de la debacle interna uno no ha perdido todas las facultades.)

Noto su rabia, su tristeza, su esfuerzo por no romperse. Las ganas y la confianza con que me va explicando sus cosas estimulan mi interés en saber más y seguir a su lado escuchándolo. Apoyándome en esta confianza e interés compartidos, me atrevo a hacer un paso más y a pedirle que nos acerquemos a lo que desea y teme: que dibuje la casa de Marruecos y la familia de allá... Se inquieta y se asusta un poco. Preferiría no hacerlo porque le parece que no sabrá. Tengo la sensación de que el quinceañero que estaba conversando activamente conmigo se rompe ante mí y pasa a ser un niño de cinco años, con miedo a fracasar y a defraudarme. Ando con cuidado. Pero percibo que el clima emocional de este reencuentro es especialmente vivo, acogedor: él realmente tiene ganas de hablarme de sus orígenes y de su pena; yo tengo realmente ganas de estar a su lado y escucharlo. Por tanto, insisto y me siento segura de poderle decir, porque es verdad, que yo no he visto nunca su casa ni su familia y no sé como son y me gustaría saberlo. Puede que no se acuerde de todo pero seguro que recuerda muchas cosas, y sin duda bastará con lo que él me explique para que yo pueda ir haciéndome una idea.

Con mucha inseguridad empieza a dibujar una casa, y entre los dos vamos mirando, preguntando e imaginando. Después se anima a dibujar a su familia pero antes me avisa preocupado: “pero son muchos, ¿eh?”. No pasa nada, que vaya dibujando lo que recuerde, tenemos tiempo (es decir, mi interés no se agotará con rapidez). Va dibujando como un árbol genealógico en el que intenta plasmar quién es hermano, quién es primo, tío o abuela. Se da cuenta de que empieza a confundirse y, como las figuras son esquemáticas e indiferenciadas, ya no sabe si ha repetido dos veces la misma persona o está dibujando a otra. Se preocupa. Acordamos que debajo de cada figura escribirá el nombre de la persona que representa. Y nuevamente se inquieta: “pero no lo sé escribir en castellano”. No pasa nada, lo puede escribir en árabe. Y entonces se sobresalta y mirándome directamente a los ojos dice: “pero tú no lo entenderás”. (¿De qué serviría hacer todo ese recordatorio si no hubiese a quién comunicárselo?) Le confirmo que tiene razón, que yo no sé árabe y no podré leer las palabras que escriba. Pero eso no es problema. Él irá escribiendo y al mismo tiempo explicándome en voz alta. Yo estaré atenta y trataré de recordar. Si en algún momento me confundo o me olvido, le preguntaré a él, que ya lo tendrá escrito y lo podrá leer. Así entre los dos conseguiremos ir recordando mejor.

Resulta muy conmovedor ver la increíble cantidad de energía que emplea en esta tarea; la inseguridad con que empieza, el esfuerzo que pone en recordar, el cuidado con que traza cada línea y cada letra. Si hace unos minutos lo veía romperse y dejar de ser un adolescente para convertirse en un niño de cinco años, ahora le veo reconstruirse y crecer con la ilusión de lo que está haciendo. Se da cuenta de que no recuerda algún nombre pero puede recordar muchas cosas, y entonces cuando no logra recordar alguna cosa importante decide espontáneamente que después lo preguntará a su madre, que debe de saberlo (cuando se tiene un vínculo de confianza donde apuntalarse, uno puede ir ampliando la experiencia de apuntalamiento y confianza y así aprovechar mejor los vínculos de que dispone). Poco a poco se va animando. Y volvemos a hablar del hermano. Aquellas figuras

tan esquemáticas no nos permiten saber bien cómo es, y se trata de una persona importante. ¿Qué podríamos hacer para que me muestre más cosas del hermano? “¡Mi madre tiene una foto!”, dice. “Yo no quiero llevarla porque cuando la miro me entran ganas de llorar. ¿Quieres verla?”. Por supuesto que sí. “No sé si mi madre la tiene ahora, ¿puedo salir y preguntarle?” Le dejo salir e inmediatamente vuelve muy satisfecho con una foto de carnet del hermano. “Yo no quiero tenerla. A lo mejor la pierdo. Mejor que la tenga mi madre. ¿Puedes hacerme una fotocopia? Así mi madre tendrá la foto, pero yo tendré una”. Alguien tiene que encargarse de mantener sus recuerdos más valiosos y difíciles de soportar mientras que él va aprendiendo a conservarlos.

Se va con la fotocopia de la foto del hermano. Y yo dedico un tiempo a anotar mis reflexiones. Empiezo a sentirme esperanzada. Observo que ha establecido buena relación conmigo y que, dentro de cada sesión, el estado de ánimo mejora. Pero aun así este trabajo de contención resulta insuficiente para que se organice en la vida diaria. También pienso que probablemente tiene menos recursos lingüísticos de lo que parece, y eso puede hacer que los demás pensemos que entiende más cosas de las que realmente entiende. Lo que es seguro es que necesita sentirse muy confiado para expresarse y dar a conocer lo que siente o duda. Ahora que empieza a confiar en un vínculo y en la posibilidad de ensanchar esta confianza, sería un buen momento para ampliar el círculo y contribuir a organizar estrategias de soporte social y escolar. ¿Y quizás más adelante se podría hacer una intervención psicológica conjunta con madre e hijo? ¡Pero de momento cada uno necesita tanto espacio para sí mismo! Hablaré de ello con el psiquiatra de la madre. De todos modos, primero esperaré a ver qué pasa en la visita siguiente.

Cuarta sesión

Estamos en octubre. Me preparo para nuestro cuarto encuentro. Le espero a la hora acordada pero no acude. Siguiendo lo que me había planteado, me pongo en contacto con los servicios sociales de su pueblo. Parece ser que ellos también querían hablar conmigo. Han estado ayudando mucho a la familia, que ahora pasa por momentos económicos y de salud muy graves, y tienen muchas dudas sobre qué más se puede hacer y cómo hacerlo. Hay muchas cosas de que hablar. Con gran esfuerzo por parte de todos, conseguimos reunirnos... dos meses después: Planteamos la situación familiar, las dificultades para encontrar grupos de referencia para Ahmed, y me cuentan que está en curso una demanda de plaza para él en un centro tutelado de menores, petición hecha a instancias de madre e hijo hace cierto tiempo en momentos muy críticos de su convivencia. ¿Es pertinente seguir manteniendo abierta esta demanda? Todos nosotros quisiéramos que no, pero la situación es muy precaria. ¿Qué alternativas tenemos? ¿Hay posibilidades de ofrecerle asistencia más a menudo en el pueblo? Y, en todo caso, ¿qué características debería de cumplir este centro para ser adecuado? ¿Y en qué momento y de qué manera convendría hacer el traslado? ¿Sería razonable, y factible, su retorno a Marruecos? Ya que se trata de decisiones que afectan a todas las áreas de la vida del chico y atañen a toda la familia, haciendo filigranas con los horarios, acordamos mantener una nueva reunión (al cabo de un mes) añadiendo a ella al resto de profesionales implicados. Estamos haciendo un trabajo que idealmente debería de haberse iniciado ya antes de traspasar al chico de Marruecos a Catalunya. Existe cierto parecido entre un proceso migratorio y un proceso de adopción. De la mejor manera que podemos, los diversos profesionales nos unimos para hacer las funciones de familia adoptiva.

Intentando mantener lo que tenemos y no introducir más cambios perturbadores, acordamos que, de manera excepcional teniendo en cuenta las posibilidades reales, ofreceré visitas quincenales a Ahmed durante un período determinado de tiempo que habrá de permitirnos ir aclarando criterios e incluyendo al chico en la toma de decisiones. Lo primero será explicarle este plan y saber si lo acepta.

Quinta sesión

Estamos en febrero. ¡Llevamos cuatro meses sin vernos! Está delgado y con la cara demacrada, pero también ha crecido bastante. Le explico que hace cuatro meses que no le veo y que he conectado con los servicios sociales (una forma de decirle que mi vínculo con él no se ha roto) y le pregunto a él cómo está. No va a la escuela, se pasea. “Doy vueltas”, dice, aunque tampoco es algo que le guste (este dar vueltas es diferente de hacer una actividad constructiva como lavar platos). Reconoce abiertamente que se siente mal. Aquí todos le quieren mandar y decirle lo que tiene que hacer. Como si fuera un niño pequeño. En Marruecos trabajaba y aquí no puede hacer nada. Está enfadado. Por eso no va a la escuela. Él quiere hacer cosas útiles: trabajar; no ir a la escuela.

Empieza a hablar espontáneamente del padre. Explica: los padres se separaron cuando él tenía 7 años. “Pero yo no sabía nada” “No sabía que se habían divorciado” Da a entender que no vio, ni habló, ni tuvo ninguna carta ni noticia de la madre hasta los 13 años, cuando ella le fue a buscar para traerlo a Catalunya. “Nadie me hablaba de mi madre. Yo tampoco quería saber nada. No sabía dónde estaba. Si no podía verla, prefería pensar que estaba muerta”. Después dice que la madre iba a visitarles una vez al año. “Pero ya no era la misma. No parecía la misma. Allí tenía el pelo negro, iba con chilaba. Cuando la vi, no la conocí. Yo no pensaba que era mi madre.” (Otra migración, otro exilio, otro arrancamiento. Lo de adentro se mezcla y se confunde con lo de afuera. El caos interno. Y un enorme duelo por hacer)

“No me gusta estar en España. Aquí no vivo bien. Aquí mi madre dice que me quiere llevar a un centro. Yo no quiero ir. No estoy loco. Yo vine aquí para estar con mi madre y trabajar; no para ir a un centro”

Después de explicarme una serie de peleas en la calle, vuelve a referirse a la madre, que siempre grita. “¿Para eso me hizo venir? Si no puedo trabajar ni ir a Marruecos, ahí hay un puente y me tiro y me mato”, dice en tono pretendidamente desafiante mientras me mira algo cabizbajo y con ansiedad.

Durante todo el tiempo he estado escuchando la cantidad de cosas inquietantes que tiene para explicar. Me pasan muchas ideas por la cabeza. Llegados a este punto sé que está esperando una respuesta. Tengo que ser realista y sincera. “Es muy difícil y desesperante vivir así. Cuando ya no lo puedes aguantar más da tanta rabia que puedes tener ganas de tirarte para tirarlo todo por la borda. Puedes tener ganas de hacerlo y sabes que tienes fuerza para hacerlo. Eso da miedo. Viniste aquí para volver a encontrar a tu madre, para que te cuidara y esperando que podrías trabajar y cuidarla tú también a ella. Pero todo es diferente de lo que esperabas. Es tan difícil que parece que nada valga la pena y preferirías estar muerto. Pero a mí me gustaría que vivieras, y me gustaría ayudarte a vivir un poco mejor. Aunque es muy poco el tiempo que podemos estar juntos hablando de tus cosas, algo, un poco, puede ayudar”. Le explico el plan que hemos pensado y le ofrezco poder tener una visita cada quince días, especificando que es una situación especial. Acepta.

Sexta sesión

Se ha roto una mano. Tiene algún rasguño en la cara. Me explica la cantidad de médicos y de lugares a los que tiene que ir. Es demasiado. Gracias a la intervención mediadora de servicios sociales, vuelve a ir a la escuela. “Pero me entran nervios. Yo no entiendo, quiero que me explique y la profesora de refuerzo no me explica. Ella dice: repite, vuelve a leer”. (Pienso en la cantidad de cosas –rupturas en su vida– que no entiende, no sabe cómo explicarse y parece que se van repitiendo continuamente. Le escucho. Tiene mucho que explicar).

“Los nervios. Tengo que quitarlos. No sirve hablar. Tengo que romper algo”. Lo tengo ante mí explicándome cómo se va dando de cabeza contra una pared. ¿Qué puedo hacer? En primer lugar, decirle que le entiendo. Cuando se juntan tantos nervios (cosas que uno no

entiende y nadie escucha) uno se desespera y en aquel momento lo rompería todo. Parece que no hay solución. Él dice que hablar no sirve. Pero a veces nos ha ido bien hablando. Lo que pasa es que le pasan muchas cosas continuamente y nosotros sólo podemos vernos de vez en cuando. Tal vez sería menos difícil si pudiéramos vernos y hablar justo en el momento en que tiene más nervios y quiere romper cosas. (Me va mirando y escucha atentamente). Siento que yo también tengo que hacer algo por él en este momento. Le propongo que probemos una cosa (todavía quedan alternativas): “yo te doy mi teléfono (en la consulta es más fácil localizarme que en el hospital). Si en los próximos quince días tienes alguno de esos momentos de nervios y de romper cosas, llámame”. “¿Es tu teléfono?” (En contraposición al del hospital; tiene un espacio más especial, prefiero decir específico) “¿Estás siempre?” (Duda esperanzada) Entiendo la necesidad de un vínculo incondicional, permanente, que lo ayude a mantener la esperanza. ¿Cómo darle esta esperanza de seguridad sin infundirle falsas expectativas? Intento ser muy concreta y realista. “Ahora estoy contigo y no estoy en mi despacho. Si en este momento alguien está llamando al despacho (él no es el único que tiene apuros) yo desde aquí no puedo oírlo ni puedo responderle ahora, pero me dejará un mensaje y yo le llamaré después. Contestar, siempre contesto.” Con él podríamos hacer igual. Me gustaría que lo hiciera. Quizá tampoco podremos hablar justo, justo en el momento de más nervios pero tardaremos muy poquito.

“Escríbelo tú, que yo a lo mejor me equivoco”. Y se lo lleva muy bien dobladito. Rompe el corazón verle marchar con su brazo roto, sus rasguños y tan sólo ese trocito de papel en el bolsillo. Me temo que al cabo de unas horas este trozo de papel tan bien guardado ya se habrá perdido. Todavía no sé que lo llevará siempre encima y que a cada nueva visita me lo mostrará. “Todavía tengo tu teléfono, ¿es éste?”, o bien: “Mira, todavía lo tengo”.

Séptima sesión

Se presenta acompañado de un amigo (alter-ego). Ese amigo hace poco que vive en Catalunya y no entiende casi nada, no tiene trabajo ni va a la escuela, no le gusta estar aquí. A veces pasean juntos. Le ha costado convencerle para que venga: “¿para qué?”, decía el amigo. Y él no sabía bien cómo explicarle. Pero al final ha conseguido arrastrarlo. Con una sonrisa en los labios, me mira y dice: “Ya se lo he dicho; está bien hablar”. Explican cosas de sus respectivos padres.

Octava sesión

De nuevo vuelve con el amigo. Me explica cosas suyas. Está más tranquilo. No ha tenido que ir a ningún médico. Vuelve a ir a la escuela. “Mejor estar en la escuela que solo” Historias de amigos con los que queda, y después no van a buscarlo y durante unos días no sabe de ellos. “Yo he ido a buscarle. Y ahora él no viene. Si me deja, iré a verle y me enfadaré. Y otro día le diré que voy y no iré. ¿Y si le ha pasado algo?”

Podemos hablar de la mezcla de miedos y de rabia: sentir que queda abandonado, no saber si están vivos, no saber si están enfadados, si ha hecho algo mal, si ya no quieren estar con él... De la semejanza entre estas situaciones y lo que le pasa teniendo al padre y el hermano lejos sin saber nada de ellos; él cuando niño y la madre fuera...

Aunque hace una temporada que el chico ha tenido algunos choques con la policía por pequeños actos delictivos, parece que entre nosotros se va ampliando el espacio de estabilidad y confianza. Se abre una rendija a la esperanza. Tenemos más visitas concertadas.

Pero una serie de circunstancias desafortunadas harán que no nos veamos más. Y un tiempo después, de manera imprevista para todos, la policía lo irá a buscar y lo llevará a un centro de menores que acaba de tener una vacante. Los mecanismos administrativos de la petición de centro cursada no han podido funcionar acompasadamente (bien vinculados)

con los mecanismos asistenciales previstos. Tal vez le hará bien estar en el centro, pero de momento se repite su historia de arrancamientos, de rupturas repentinas. La asistente social y yo tenemos suerte de poder hablar entre nosotras, compartiendo el trasiego y reconociendo que hemos hecho todo lo que hemos podido para estar a su lado. Me pongo a disposición de los responsables del centro y si en algún momento fuera posible me gustaría tener una nueva visita con Ahmed por recoger de algún modo lo que ha pasado y despedirnos. Renuevo el ofrecimiento cuando se acerca el plazo de finalizar mi colaboración en el hospital. Me gustaría evitar que un día fuera y ya no me encontrase ahí. Llamo al centro explicándolo. El no está pero le pasarán el mensaje. A no ser que me digan lo contrario, le guardo un determinado día y hora de visita. Yo me quiero despedir de él.

Nadie anula la visita pero él no acude. Unos días después, recibo un mensaje en el contestador. Es Ahmed. El otro día no acudió... porque no había tren. Me desea que me vaya bien... la semana, el mes... No puede decir la vida. Cuando el día a día es tan complicado no se puede pensar en términos de una vida entera. Al menos por esta vez alguna despedida ha sido posible.

Algunas palabras a modo de conclusión

Aferrarse a un vínculo de confianza es una necesidad humana universal y el fundamento de toda relación asistencial; también, o quizá todavía más, de la relación asistencial con el inmigrante al que vemos como más alejado.

Una relación asistencial es en primer lugar una relación humana; y no creo que nadie se acerque a ninguna relación humana significativa sin atravesar temores del tipo: ¿me aceptará?, ¿seré capaz de despertar su interés?, ¿me podrá/querrá dar lo que necesito?, ¿podré satisfacer sus expectativas? Todas esas preguntas se las formulan también un inmigrante y quien lo trata.

Las dudas naturales que presiden toda relación asistencial se agrandan e intensifican cuando nos parece que el otro es muy diferente a nosotros, y también cuando notamos que su necesidad o el dolor son muy grandes (las personas que trabajan en primera línea en servicios sociales y centros de atención primaria, como también en las escuelas, lo saben bien). Aunque resulta realmente difícil de soportar, hay algo bueno en el hecho de sentir la inseguridad que implican esas dudas. Tienen que ver con el hecho de estar significativamente interesados en ese individuo y en ese vínculo. Es en este tipo de interés donde se encuentra la base de una relación capaz de dar soporte, de ayudar, de curar o, por lo menos, de aliviar el dolor.

Hay que deshacer la ecuación migrante igual a patológico, pero tener en cuenta que la condición de migrante conlleva una fragilidad temporal durante la cual se puede romper el equilibrio personal. Sin la presencia sostenedora de los puntos de referencia y de soporte habituales para ella, la persona en proceso de migración encuentra difícil (a veces muy difícil) vivir el proceso de readaptación psíquica que inevitablemente ha de pasar en esos momentos marcados por pérdidas, separaciones y renunciaciones que forzosamente duelen, y de posibilidades de nuevos vínculos que, probablemente, teme a pesar de desearlos. Nadie se puede integrar sin haber sido previamente acogido. Y sólo podemos acoger cuando dejamos que las vivencias del otro resuenen en nosotros sin rehuirlas.

Tenemos muchos Ahmed entre nosotros. Y es necesario que creemos entornos de acogida psicosocial en los que puedan darse relaciones grupales que faciliten el reconocimiento de las dificultades emocionales ligadas al miedo, el desconocimiento, la falta de trabajo, el exilio, la nostalgia, las diversas clases de duelo, la rotura de los esquemas cognitivos de seguridad y tantas otras cosas que sobrecargan al inmigrante. Acogerlo a él es también acoger esas necesidades emocionales; es decir, reconocerlas y darles el soporte adecuado. En el aspecto psicológico hay que poner especial énfasis en los procesos de duelo, fragmentación-cohesión del self y apuntalamiento de la autoestima. En la mayoría de casos

bastará con una buena acogida para que cada persona se recomponga, renueve las fuerzas y encuentre por sí misma la manera más adecuada para ella de integrarse al nuevo entorno social.

Necesitamos políticas sociales, educativas y sanitarias que se comprometan seriamente en detectar y resolver las necesidades que surgen en el contacto con esos nuevos ciudadanos llamados inmigrantes, de la convivencia con los cuales irá saliendo un nuevo orden social. Políticas que no confundan solidaridad con paternalismo y buena voluntad.

Como profesionales, necesitamos abrir y mantener cada vez más espacios de trabajo en equipo y de diálogo interdisciplinario. También desarrollar más estrategias de intervención grupal y técnicas de trabajo corporal y de otra índole no verbal que faciliten, especialmente en niños y adolescentes, cierta descarga tensional a la par que la conexión y expresión vívida de contenidos emocionales de difícil acceso.

No debemos olvidar que ser ciudadano de pleno derecho comporta determinadas obligaciones, pero también, y yo diría que en primer lugar, el derecho a la subjetividad, a constituirse en individuo con características propias. Es esta subjetividad bien integrada lo que va a permitir al individuo hacer aportaciones socialmente útiles, responsables y creativas.

Cultura es cultivo, he oído decir hace poco. Asistir también es parecido a cultivar, a mantener un terreno abonado para que no quede estéril y siga teniendo vida. Hay que ser muy pacientes, estar atentos, saber esperar. Recordar que cuando las cosas se ponen difíciles y se vuelven urgentes es cuando más necesitamos conservar la calma y confiar.

No hay que cansarse de cultivar. Algunos frutos tardan en llegar y muchas semillas se pierden. Pero alguna siempre queda.

Bibliografía

ATXOTEGUI, Joseba: "Los duelos de la migración. Una aproximación psicopatológica y psicosocial". *II Congreso sobre la Inmigración en España. España y las Migraciones Internacionales en el Cambio de Siglo*. Madrid, 5-7 octubre 2000. Universidad Pontificia de Comillas-Instituto Universitario José Ortega y Gasset. (disponible en: <http://www.imsersomigracion.upco.es/otros%20documentos/congreso/datos/CDRom/Integración/comunicaciones/Atxotegui.PDF>)

CANDEL, Francesc: *Els altres catalans*. Barcelona, Edicions 62, 1964.

CANDEL, Francesc; CUENCA, Josep Maria: *Els altres catalans del segle XXI*. Barcelona, Editorial Planeta, 2001.

GRINBERG, León y GRINBERG, Rebeca: *Migración y Exilio. Estudio psicoanalítico*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1996.

MORO, Marie Rose: *Psychothérapie transculturelle des enfants de migrants*. Paris, Dunod, 1998.

MOUSSAOUI, Driss: *Psychopathologie des migrants*. Paris, PUF, 1985.

PONCE, Danilo E.: "The adolescent". En: Tseng, Wen-Shing; Streltzer, Jon [editors]: *Culture and Psychotherapy. A Guide to Clinical Practice*. American Psychiatric Press, Inc. Washington, Dc - London, England. 2001. (Se puede consultar versión íntegra en formato pdf en: <http://www.appi.org/pdf/tseng.pdf>)

WADA, Hideki: "The loss and Restoration of the Sense of Self in an Alien Culture: An Application of the Twinship Selfobject Function". *Progress in Self Psychology*, vol. 14, 1998, p. 107-123.